

## CAPITULO II

### Para servir á la historia de los sentimientos morales.

35. *Ventajas de la observación psicológica.*—Que la reflexión sobre lo humano demasiado humano, ó como dice la expresión técnica, la observación psicológica, forma parte de los medios que permiten hacer más llevadera la carga de la vida; que el ejercicio de este arte procuraba presencia de espíritu en situaciones difíciles y distracción en medio de un círculo fastidioso; que se puede, aun de los rasgos más espinosos y desagradables de la propia vida, sacar máximas y hallarse por ellas un poco mejor: es lo que se creía y se sabía en los siglos precedentes. ¿Por qué es esto olvidado de nuestro siglo en el que, á lo menos en Alemania y aun en Europa, la pobreza de observación psicológica se detalaría por bastantes señales con sólo que hubiese gentes de mirada capaz de ver en lo que puede mostrarse? Esto no se halla en el romance, la novela y los estudios filosóficos—que son la obra de hombres excepcionales;—está más en los juicios formados sobre los sucesos y las personalidades públicas; pero donde falta más que nada el arte del análisis y del cálculo psicológico es en la sociedad de todas condiciones en que se habla mucho de los hom-

bres y nada *del hombre*. ¿Por qué se deja escapar la más rica y más inocente materia de entretenimiento? ¿Por qué no se lee ya á los grandes maestros de la máxima psicológica? Porque, sea dicho sin ninguna exageración, hombre culto que haya leído á La Rochefoucauld y sus antecesores en el espíritu y el arte, es raro encontrarlo en Europa; y mucho más raro todavía quien los conozca y no los desdée. Aun es probable que ese lector excepcional, encuentre menos placer que el que debería producirle la forma de esos artistas, pues aun el cerebro más sutil no es capaz de apreciar suficientemente el arte de aguzar una máxima, si no ha sido educado para ello y si no lo ha ensayado. Se cree por falta de esta educación práctica que esta invención y esa agudeza son más fáciles de lo que en realidad son, y no se siente con bastante agudeza tampoco sus alcances y atractivos. Por eso los actuales lectores de máximas, no hallan en ellas sino un goce relativamente insignificante, apenas con sabor bastante para agradar al paladar, de modo que pasa con ellos lo que de ordinario con los examinadores de cañafecos: son gente que alaba porque no son capaces de amar, prontas para la admiración, pero más prontas para la huida.

36. *Objeción.*—¿Sería necesario suponer que la observación psicológica forma parte de los medios de atracción, de salud y alivio de la existencia? ¿Sería necesario decir que se está bastante convencido de las consecuencias enfadosas de este arte, para separar intencionalmente la vista de aquellos que hacen su educación? En efecto; cierta fe ciega en la bondad de la naturaleza humana, cierta repugnancia arraigada hacia la descomposición de las acciones humanas, cierta especie de pudor con relación á la desnudez

de las almas, podían ser realmente cosas más dignas de desearse para la felicidad total de un hombre, que aquella cualidad, ventajosa en casos particulares, de la penetración psicológica; y quizá la creencia en el bien, en los hombres y en los actos virtuosos, en una plenitud de bienestar impersonal en el mundo, haya hecho mejores á los hombres, en el sentido de que los hacía menos desconfiados. Si se imita con entusiasmo á los héroes de Plutarco y se siente repugnancia en inquirir con aire de duda los motivos de sus acciones, no es, ciertamente, la verdad, sino la buena marcha de la sociedad humana la que en ello encuentra su cálculo: el error psicológico y generalmente la grosería en estas materias ayuda á la humanidad á ir adelante, al paso que el conocimiento de la verdad gana siempre más y más por la excitante fuerza de una hipótesis que La Rochefoucauld, en la primera edición de sus *Sentencias y máximas morales*, exponía así: *Lo que el mundo llama virtud no es ordinariamente sino un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un nombre honrado para hacer impunemente lo que se quiere.*

La Rochefoucauld y otros franceses maestros por el examen de las almas (á los cuales se ha unido recientemente un alemán, al autor de las *Observaciones psicológicas*) (1) se asemejan á diestros tiradores, que tocan siempre el centro, pero el centro de la naturaleza humana. Su arte causa admiración, pero al fin el espectador que no está guiado por el espíritu científico, maldice aquel arte que parece inculcar en las almas el deseo del rebajamiento del hombre.

37. *Sobre lo mismo.*—Haya lo que hubiere de au-

(1) El Dr. Pablo Réé.

mento ó disminución acerca de esto, en el estado presente de la filosofía el despertar de la observación psicológica es necesario. El aspecto cruel de la mesa de disección psicológica, de sus escalpelos, y de sus pinzas no puede evitarse á la humanidad. Está allí el dominio de esta ciencia que se pregunta el origen y la historia de los sentimientos llamados morales, y que en su marcha debe proponer y resolver los problemas complicados de la sociología. La antigua filosofía no conocía estos últimos y siempre trató de evitar la investigación del origen y de la historia de las estimaciones humanas, bajo la sombra de pobres efugios; por eso puede hoy verse con bastante claridad, habiéndose hecho la prueba por bastantes ejemplos, que los errores de los más grandes filósofos son de ordinario su punto de partida para una explicación falsa de ciertas acciones y ciertos sentimientos humanos; del mismo modo que se funda sobre la base de un análisis erróneo, por ejemplo, el de las acciones llamadas altruistas, una ética falsa, y después, por amor á ella, se apela á la ayuda de la religión y la nada mitológica, y, en fin, las sombras de esos confusos fantasmas se introducen aun en la física y en la consideración del mundo todo. Pero si está confirmado que la falta de profundidad en la observación psicológica ha tendido y continúa tendiendo los lazos más peligrosos á los juicios y razonamientos humanos, lo que es hoy necesario es la austera perseverancia en el trabajo, que no se cansa jamás de colocar piedra sobre piedra, guijarro sobre guijarro; es el valor que permite no sonrojarse por una labor tan modesta y desafiar todos los desdeñes que pueda ocasionar. Por último, he aquí otra verdad: gran número de observaciones sobre lo humano, demasiado humano, han sido desde luego

descubiertas y expuestas en esferas de la sociedad acostumbradas á hacer por ello toda clase de sacrificios, no por la indagación científica, sino por espiritual deseo de satisfacción; y el perfume de esa antigua patria de la máxima moral, perfume muy seductor, ciertamente, se ha unido casi indisolublemente al género todo: aunque, en su provecho y por cuenta propia el hombre de ciencia deja involuntariamente ver alguna desconfianza contra el género y su valor serio. Basta apuntar las consecuencias, puesto que desde ahora se comienza á ver qué resultados de la más seria naturaleza nacen sobre el suelo de la observación psicológica. ¿Qué es esto, sin embargo, sino el principio al que ha llegado uno de los pensadores más osados y más fríos, el autor del libro *Sobre el origen de los sentimientos morales* (1), gracias á sus análisis incisivo y decisivo de la conducta humana? «El hombre moral, dice, no está más cercano del mundo inteligible metafísico, que el hombre físico.» Esta proposición, nacida con su dureza y su filo, bajo los golpes de martillo de la ciencia histórica, podrá llegar á ser, en un porvenir cualquiera, el hacha con que se atacará la raíz de la «necesidad metafísica» del hombre. Si esto será para bien del hombre ó atraerá sus maldiciones, ¿quién podrá decirlo? Pero, en todo caso, subsiste una proposición de la más grave consecuencia, fecunda y terrible á la vez, que mira al mundo con esa doble vista que tienen todas las grandes ciencias.

38. *¿Util, en qué proporción?*—Si la observación psicológica produce á los hombres mayor provecho ó mayor daño, es cuestión que debe quedar sin respuesta; pero está confirmado que es necesaria, porque la

(1) El Dr. Pablo Rée.

ciencia no puede prescindir de ella. La ciencia no conoce las consideraciones de los fines últimos, como tampoco las conoce la naturaleza; pero así como ésta realizó por accidente cosas de la más alta oportunidad, sin haberlas querido, así la verdadera ciencia, *siendo como es la imitación de la naturaleza en la idea*, hará progresar accidentalmente, de diversas maneras, la utilidad y bienestar de los hombres, y encontrará los medios oportunos para ello, pero igualmente *sin haberlo querido*.

Por lo mismo que por el soplo de tal especie de consideración se siente helado el corazón, es posible que en ella no haya sino demasiado poco calor; no tiene, sin embargo, más que mirar á su alrededor, y notará enfermedades allí donde las cubiertas de hielo sean necesarias, y hombres de tal manera forjados en el ardor y el fuego que apenas si encuentran un lugar en que el aire sea para ellos bastante frío y penetrante. Por otra parte, así como los individuos y los pueblos demasiado serios tienen necesidad de frivolidades, otros, demasiado ligeros y excitables, tienen de tiempo en tiempo necesidad para su salud de cargas pesadas que los depriman; ¿no es necesario que nosotros los hombres *más inteligentes* de esta época, que visiblemente entra cada vez más en combustión, tratemos de apoderarnos de todos los medios de extinción y refrigerio que existen, á fin de conservar á lo menos el asiento, la paz, la medida que tenemos todavía, y llegar á ser útiles á esta época, dándole un espejo, una conciencia cierta de ella misma?

39. *La fábula de la voluntad inteligible*.—La historia de los sentimientos en virtud de los cuales hacemos á alguno responsable partiendo de los sentimientos llamados morales, recorre las fases principa-

les siguientes. Al principio, se llama buenas ó malas á acciones sin ninguna relación á sus motivos, sino exclusivamente por las consecuencias útiles ó enojosas que tienen para la comunidad. Pero en seguida se olvida el origen de estas designaciones, y uno se imagina que las acciones en sí, sin relación á sus consecuencias, entrañan la calidad de «buenas» ó de «malas»; cometándose el mismo error que al llamar dura á la piedra y verde al árbol, tomando la consecuencia como causa. Después se relaciona el hecho de ser bueno ó malo á los motivos, y se consideran los actos en sí como indiferentes. Vase algo más lejos, y entonces dase el atributo de bueno ó de malo, no ya al motivo aislado, sino á todo el ser de un hombre que produce el motivo, como el terreno produce la planta. Así se hace sucesivamente responsable al hombre de su influencia primero, de sus actos después, de sus motivos á continuación, y por último, de su ser. Entonces se descubre, finalmente, que este ser en sí mismo no puede ser responsable, siendo como es consecuencia absolutamente necesaria, y formada de los elementos y de las influencias de objetos pasados y presentes; y por lo tanto, que el hombre no puede ser hecho responsable de nada, ni de su ser, ni de sus motivos, ni de sus actos, ni de su influencia. De esta manera se ve uno obligado á reconocer que la historia de las apreciaciones morales es también la historia de un error, del error de la responsabilidad; y esto, porque descansa en el error del libre albedrío (arbitrio). Schopenhauer oponía á éste el siguiente razonamiento: Puesto que ciertos actos producen, después de verificados, *remordimientos* («conciencia de la falta cometida»), es indispensable que exista la responsabilidad de ellos, pues que este *remordimiento* no tendría razón alguna de

ser, si además de producirse necesariamente todas las acciones del hombre—como en efecto se producen, según la opinión del mismo filósofo—el hombre mismo existiese, con la misma necesidad, tal cual es, lo que Schopenhauer niega. Con el hecho de ese arrepentimiento, Schopenhauer cree poder probar una libertad que el hombre debe haber tenido de alguna manera, no con relación á los actos, sino con relación al ser; libertad, por consiguiente, de *ser* de tal ó cual manera, no de *actuar* de tal ó cual manera. *El esse*, la esfera de la libertad y de la responsabilidad, tiene por consecuencia, según él, *el operari*, la esfera de la estricta causalidad y de la irresponsabilidad. Este arrepentimiento se referiría, en la apariencia al *operari*, y en este sentido sería erróneo,—pero en realidad al *esse*, que sería el acto de una voluntad libre, la causa fundamental de la existencia de un individuo; el hombre sería lo que quisiera ser; su querer sería anterior á su existencia. Hay en esto, aun prescindiendo del absurdo de esta última afirmación, una falta de lógica, que del hecho del arrepentimiento se concluye de pronto la justificación, la admisibilidad racional de ese arrepentimiento; por efecto de esta falta de lógica Schopenhauer llega á su consecuencia fantástica de la sedicente libertad inteligible. (En el nacimiento de esta fábula, Platón y Kant son cómplices por iguales partes.) Pero el arrepentimiento después de la acción, no tiene necesidad de fundamento racional alguno, ni aun otra necesidad alguna, desde que descansa en la suposición errónea de que la acción *no habría* debido producirse necesariamente. En consecuencia: solamente porque el hombre se cree libre, no porque lo sea, siente arrepentimiento y remordimiento. Por otra parte, ese pesar es cosa de que no puede uno despren-

derse porque es habitual; en algunos hombres no existe absolutamente para ciertos actos. Es esto muy variable, ligado con la evolución de la moral y de la civilización, y que quizá no existe sino en un tiempo relativamente corto de la historia del mundo. Nadie es responsable de sus actos, nadie lo es de su ser; juzgar tiene el mismo valor que ser injusto; y esto es verdad también, cuando el individuo se juzga á sí mismo. Esta proposición es tan clara como la luz del sol, y sin embargo, todos los hombres quieren volver á las tinieblas y al error, por miedo á las consecuencias.

40. *El super-animal.*—La bestia en nosotros quiere ser engañada; la moral es una mentira hartamente necesaria para que seamos arrancados de ella. Sin los errores que residen en los cálculos de la moral, el hombre habría permanecido animal. Por ese medio se ha tomado por algo superior y se ha impuesto leyes más severas. Tiene, por eso, odio contra los grados que han quedado más próximos á la animalidad; por esta razón debe explicarse el antiguo desprecio al esclavo, como á ser que no es aún hombre, como á una cosa.

41. *El carácter inmutable.*—Que el carácter sea inmutable, no es una verdad en sentido estricto; en realidad, esta proposición favorita, significa solamente que durante la corta existencia de un hombre, los nuevos motivos que actúan sobre él, no pueden de ordinario marcar lo suficiente para que borren los lineamientos impresos por millares de años. Pero si uno se imaginase un hombre de ochenta mil años, se hallaría en él un carácter absolutamente mutable: y se vería que una multitud de individuos diversos tomarían de él, á su vez, su desenvolvimiento. La brevedad de la vida humana conduce á muchas afirmaciones erróneas sobre las cualidades del hombre.

42. *El orden de los bienes y la moral.*—La jerarquía de los bienes, admitidos una vez por todas, según que un egoísmo bajo, superior, muy refinado, desea una cosa ú otra, decide ahora del carácter de la moralidad ó inmoralidad. Preferir un bien mezquino (por ejemplo, el gozo de los sentidos) á un bien más elevado (por ejemplo, la salud), pasa por inmoral, tanto como preferir el bienestar á la libertad. Pero la jerarquía de los bienes no es en todo tiempo estable é idéntica; cuando un hombre prefiere la venganza á la justicia, es moral según la escala de apreciación de una civilización anterior, inmoral según la del tiempo presente. «Inmoral» significa que un individuo no siente, ó no siente todavía suficientemente, los motivos intelectuales, superiores y delicados que la civilización nueva del momento ha introducido; designa un individuo atrasado, pero siempre solamente conforme á una diferencia relativa. La propia jerarquía de los bienes no está edificada y modificada según puntos de vista morales; es, por el contrario, en atención á su fijación del momento, como se decide si una acción es moral ó inmoral.

43. *Hombres crueles, hombres atrasados.*— Los hombres que son crueles hoy, deben hacernos el efecto de graderías de civilizaciones anteriores que hubiesen sobrevivido; la montaña de la humanidad presenta en ellos al descubierto las formaciones inferiores que de otro modo quedarían ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, por causa de todos los accidentes posibles en el curso de la herencia, no ha sufrido una serie de transformaciones bastante delicadas y múltiples. Nos ponen de manifiesto lo que todos fuimos y nos causa miedo, pero son tan poco responsables como puede serlo un pedazo de granito de ser

granito. En nuestro cerebro deben encontrarse ciertas ranuras y repliegues que corresponden á esta manera de pensar, como en la forma de ciertos órganos humanos deben hallarse reminiscencias, vestigios del estado pisciforme. Pero tales repliegues y ranuras no son ya el lecho en que rueda actualmente el curso de nuestros sentimientos.

44. *Reconocimiento y venganza.*—La razón por la cual un poderoso muestra reconocimiento, es ésta: Su bienhechor con su beneficio, ha violado el dominio del poderoso, é introduciéndose en él; á su vez, el beneficiado viola, en compensación, el dominio del bienhechor por el acto de reconocimiento. Es una forma suavizada de la venganza. Si no tuviera la satisfacción del reconocimiento, el poderoso se habría manifestado impotente, y en adelante pasaría por tal. He aquí por qué toda sociedad de hombres de bien, es decir, originariamente de poderosos, coloca el reconocimiento entre los primeros deberes. Swift ha osado adelantar esta proposición, que los hombres son agradecidos en la proporción en que cultivan la venganza.

45. *Doble prehistoria del bien y del mal.*—El concepto del bien y del mal tiene una doble prehistoria. En primer término, en el alma de las razas y de las castas dirigentes. Quien tiene el poder de pagar en la misma moneda, bien por bien, mal por mal, y quien así devuelve en efecto, quien, por consiguiente, ejerce el agradecimiento y la venganza, es llamado bueno. Quien no es poderoso para ello y no puede devolver así, está contado entre los malos. Se pertenece, pues, en calidad de bueno, en la clase de «buenos», á un grupo en que existe el espíritu de cuerpo, porque todos los individuos están, por el sentimiento de las represalias, encadenados los unos á los otros. Se perte-

nece en calidad de malo, en la clase de los «malos», á un agrupamiento de hombres esclavizados, impotentes, que no tienen espíritu de cuerpo. Los buenos son una casta, los malos una masa semejante á las de polvo. Bueno y malo equivalen por un tiempo á noble y villano, señor y esclavo. Por el contrario, no se ve al enemigo como malo cuando puede volver la semejanza. Troyanos y griegos son en Homero tan buenos los unos como los otros. No es el que nos causa daño, sino el que es despreciable quien pasa como malo. En el cuerpo de los buenos, el bien es hereditario; es imposible que un malo salga de tan buen terreno. Si, á pesar de todo, uno de los buenos comete una acción indigna de los buenos, se tiene el recurso de los expedientes; se atribuye, por ejemplo, la falta á un Dios diciendo que ha herido al bueno con la ceguera y el error. Es, *en segundo término*, en el alma de los oprimidos, de los impotentes. En ésta, cualquier otro hombre es considerado hostil, sin escrúpulos, explotador, cruel, pérfido, así sea noble ó villano; malo es el epíteto característico del hombre y aun de todo ser viviente, cuya existencia se supone recibida de un dios; por humano, divino, son equivalentes á diabólico, malo. Los signos de bondad, la caridad, la piedad, son recibidas con angustia como maliciosas, como preludios de una desnudez aterradora, como medios de atondrar y de engañar; en una palabra, como refinamientos de maldad. Con tales disposiciones de espíritu del individuo, apenas si puede nacer una comunidad; cuando más, en su más grosera forma; en todas partes á donde reine esta concepción del bien y del mal, la ruina de los individuos, de sus familias, de sus razas, está próxima. Nuestra moralidad actual se ha engrandecido en el terreno de las razas y castas dirigentes.